



Folco Quilici ha nacido en Ferrara el 9 de abril de 1930. Ha viajado por todo el mundo, armado con su cámara tomavistas. Ha escrito varios libros de viajes y dirigió las películas «Sexto continente», «El último paraíso» y «Tiko y el tiburón».

Folco Quilici
el realizador de
"sexto
continente"
cuenta
sus más
emocionantes
aventuras

EN EL MUNDO DEL SILENCIO

MI VIDA CON LOS TIBURONES

El primer tiburón lo ví junto a Shawdan, una isla de coral del mar Rojo. Un remolino de espuma y un frenético agitarse de colas y dorsos relucientes llamaron nuestra atención.

El drama se desarrolló precisamente ante nuestros ojos: un escualo subido del fondo a la superficie, atacaba a un gran pez espada. No tuve tiempo de coger la cámara fotográfica y ya la espuma blanca se teñía de sangre. El pez espada, partido en dos, era devorado a golpes secos de la gran boca del escualo que en cada mordisco dejaba en el cuerpo de la víctima la señal clara, como cortado con hoja de afeitar, de su mandíbula: «Un tiburón parecido —explicó un componente de nuestra expedición— tiene al menos seis filas de dientes arriba y otras seis abajo. Lo que significa que son cerca de tres mil puntas de sierra las que intervienen en cada golpe».

Una foto extraordinaria, una imagen de las más raras, tomada en el fondo del mar. Quilici ha recogido el instante en que un tiburón pardo, ferocísimo, devora un pez. La foto se ha tomado con «flash» a 1/1.000 de segundo.





SIGUE

BAJO LAS AGUAS TODO TIENE APARIENCIA DE SUEÑO EN

No he olvidado en los años posteriores aquel episodio en el que se mezclaban drama, emoción y lección de biología marítima. Estaba rodando el film «Sexto continente». Para completar las tomas, permanecimos casi un año en el mar Rojo, totalizando, entre todos, diez mil horas de inmersión. Nos acostumbramos a trabajar entre los escualos y aprendimos una infinidad de cosas: que el tiburón cuando está bajo el agua, teme al hombre, que los animales conocidos como tiburón se subdividen en cien especies diferentes, desde las inofensivas hasta las terribles.

Tras algunos meses de inmersiones, tuve una experiencia extraordinaria. Estaba desesperado porque hasta entonces no habíamos logrado filmar escualos de los que encontrábamos a lo largo de la costa. La ocasión llegó de pronto. Un pescador arponeó a un atún, que apenas herido, comenzó a debatirse desesperadamente, perdiendo mucha sangre: era lo que se necesitaba para atraer al lugar a los tiburones. En efecto, el visitante esperado no tardó en llegar. Era azul, una especie considerada antropófaga, y comenzó a girar alrededor de la barca de la que pendía el arpon con el atún. Me eché al mar con la cámara para las tomas submarinas. El escualo pareció asustarse y se dirigió hacia el fondo. Me decidí a seguirlo porque iba previsto de un autorespirador que me permitía todas las maniobras. No lo sabía, pero estaba metiéndome en una dramática trampa.

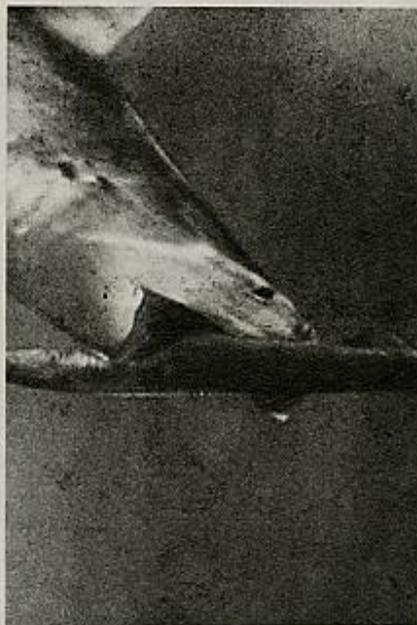
Apenas llegó el tiburón a la profundidad donde se sentía dueño de sus movimientos, dejó de huir. Se quedó inmóvil, con sus majestuosas líneas recortadas en el azul oscuro del mar. Me preparé a filmarlo. No bien lo tuve en el visor, ví que se movía, que venía hacia mí. Cuando se está encerrado en el silencio absoluto del mar, parece que se gritan los pensamientos: me di cuenta de que estaba gritando: «Viene hacia mí». Pero el silencio de la inmersión determina también otro fenómeno: quita realidad a todos los acontecimientos, da a todo cuanto ocurre bajo el agua la apariencia de un hecho soñado, no visto. Es por lo que se tiene el valor de afrontar ciertas situaciones.

más terrible que el miedo

Yo he visto lo que es la carga de un elefante. Gran parte del terror que provoca se debe a la banda sonora que acompaña la marcha de la bestia, su berrido, los gritos de los indígenas, el crujido de las hierbas secas aplastadas, los disparos de fusil. Nada de esto ocurre bajo el agua. Por tanto, el miedo difícilmente sube hasta la garganta: no se tiene temor, se reacciona con frialdad. El silencio hace ver y no vivir, deshumaniza las sensaciones. Pero si el ataque continúa, si se tiene tiempo de reflexionar que esa sombra silenciosa es real y nos hallamos a su merced, y no tiene prisa, y juega como el gato con el ratón, entonces entra algo peor que el miedo. Un estado de pesadilla total, profundo y lúcido.

Aquel día en el mar Rojo, el escualo se me vino encima desde una distancia de ocho metros. Estuve expuesto al golpe de la cola mientras lo esquivaba. Había instintivamente encogido las piernas y filmado la escena. De nuevo se disparó, y después de pasar a mi lado, se dirigió un poco hacia arriba, en dirección a la barrera de coral, giró sobre sí mismo, dando con la cola nerviosos y potentes golpes en el agua, volvió sobre mí pasando tan cerca que encuadré sólo una parte del hocico, con su pequeño ojo frío y amarillo que me miraba. Me había rozado, seguía su marcha hacia el fondo, para pararse de nuevo, a unos diez metros de mí. En este momento mi terror determinó lo más peligroso de la aventura: decidí huir. Me volví alrededor. Aunque inmóvil, el escualo o yo habíamos descendido, estábamos a unos treinta metros de la superficie. Miré hacia la barrera. Si lograrse alcanzar los corales que verticalmente, como una montaña, descendían hacia el fondo, estaría a salvo. No habría dado cinco golpes de aleta huyendo, cuando el escualo avanzó. Comprendía que tenía miedo. Afortunadamente el instinto me había sugerido huir sin volver la espalda al tiburón, nadando de lado, con la cara vuelta al peligro. Esto fue lo que me salvó.

Apenas ví que la bestia llegaba cerca, con el valor de la desesperación, fui hacia él, agitando la cámara y soltando violentamente aire del respirador. Había aprendido que era el método mejor para asustar a los tiburones. El escualo pareció sorprenderse y a dos metros de mí, se desvió. Mientras esquivaba la última carga, llegó la salvación. De pronto noté un roce en el hombro derecho. Volví la cabeza. Estaba en medio de un matorral de corales. Me



La fantástica secuencia de la caza. El escualo muerde el cebo. De un mordisco podría matar a un hombre.

agarré a ellos, pinchándome y cortándome, pero nada importaba. Vi un canalón estrecho, me metí en él y comencé a subir hacia la superficie como un alpinista. Allí la maldita bestia no podía alcanzarme. La ví quedarse perpleja y después girar y desaparecer.

ante los tigres del mar

Después de «Sexto continente» dirigí un film en los mares del sur, «El último paraíso», sobre la vida de los pescadores de las islas de coral. No puedo describir esta vida sin contar cómo aquellos hombres afrontan a los monstruosos tiburones-tigre que entran en las lagunas de pesca sembrando el terror. Cuando es la época de la recogida de la ostra perlífera, la nacra, centenares de piraguas de vela afluyen a la laguna elegida y más de mil hombres se sumergen todos los días durante tres meses, en las ricas aguas, sin concederse un instante de reposo durante las largas búsquedas, porque el salario es en proporción al peso de las ostras pescadas. Las nacras se recogen hoy, no tanto para encontrar las perlas, hipótesis casi imposible, sino para vender la concha a los comerciantes que la revenden a las fábricas de botones. Para más de mil hombres trabajando en el espejo de la laguna, un escualo-tigre (sobre la antropofagia de la cual no hay duda) representa un peligro tremendo. Por esto están todos coaligados para dar al intruso una caza despiadada. Nos unimos a estos pescadores para poder filmar una de estas luchas.

Tuvimos que esperar casi dos meses. Un día por fin, la sombra alargada de un tigre de grandes dimensiones pasó del océano a la laguna. Como los otros pescadores, nos quedamos inmóviles en el fondo y esperamos que los hombres de la superficie entraran en acción. Con el respirador podría resistir tranquilamente media hora, pero los hombres desnudos en torno a nosotros, con la única reserva de aire contenida en los pulmones, no habrían podido aguantar más de dos minutos. Temía por ellos, pero no sabía que el dispositivo de defensa había entrado en funciones con gran celeridad. Vimos caer al agua un cerdo; los hombres de una piragua lo habían degollado y ahora aquel cebo sangriento iba hacia el fondo. El escualo-tigre se arrojó sobre la presa, derecho. Aproveché el momento para sacar la más rara de mis fotografías: la comida de un tigre.

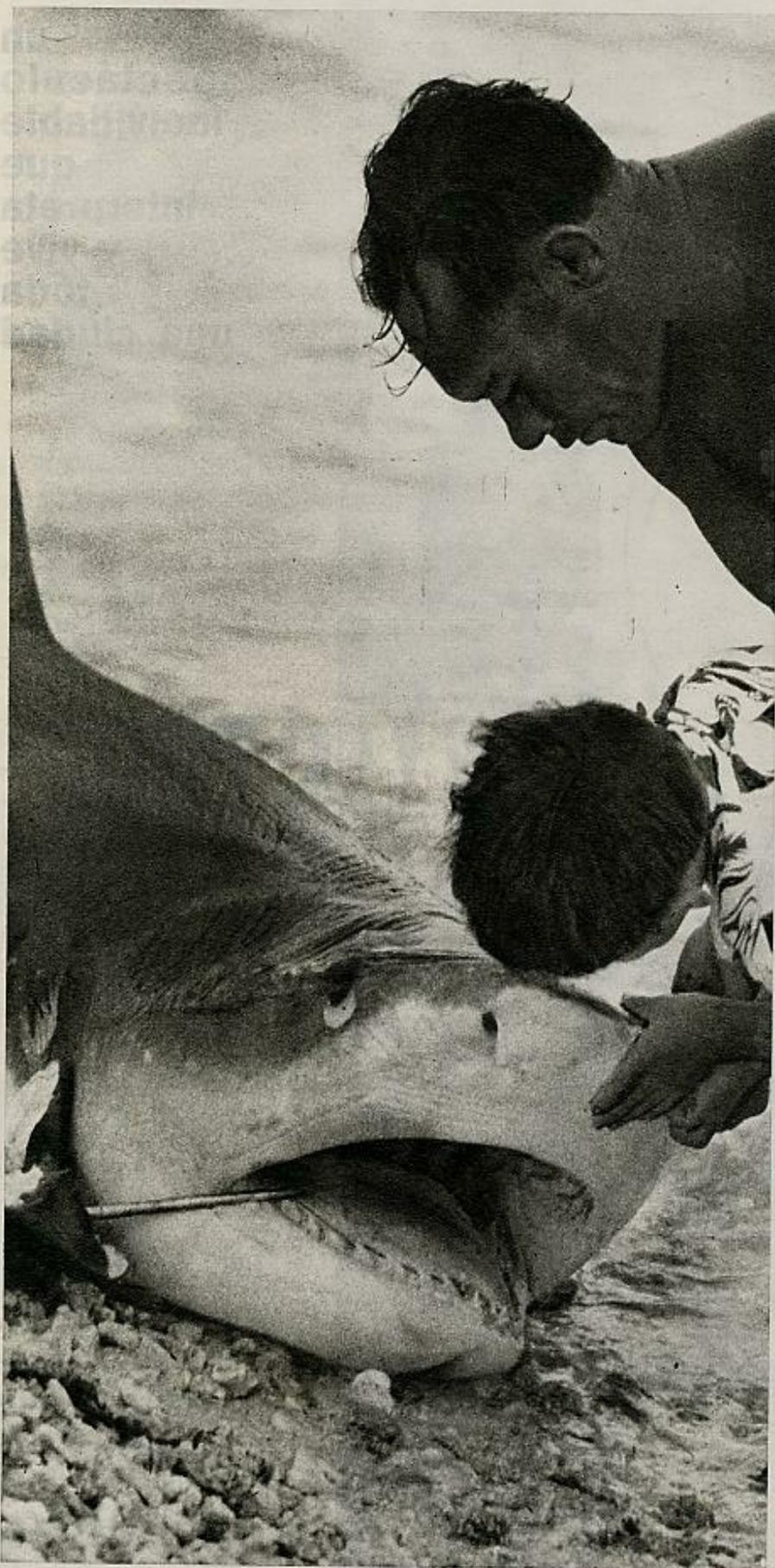
Además del cerdo sacrificado, cada piragua tenía a bordo carnaza de tiburón. Los pescadores echaron al agua un puñado y después otro. El escualo comía aquellos cebos primero desconfiado, luego sin temor. Su cuerpo impresionaba: era tan largo como dos veces la piragua y cruzado por rayas amarillas. La gran boca se abrió para tragar la carne. Las fisuras de las branquias a través de las cuales el tigre respiraba, sobresalieron en el agua. El jefe de pesca, rápido, le clavó un anzuelo de acero, mordiendo profundamente los tejidos abiertos. El tigre, loco de dolor, saltó fuera del agua, sacudido por estremecimientos. Después del primer espasmo se dirigió hacia el fondo, precisamente donde estábamos nosotros que podíamos filmarlo a corta distancia. Arrastraba detrás unos cuarenta metros de cuerda y la piragua que seguía como un corcho su marcha desesperada. El tiburón se detuvo, se agitó, se inclinó. A cada movimiento la herida se alargaba, y las fuerzas cedían. El tigre se mataba a sí mismo. En pocos minutos terminó todo.

en los atolones del pacífico sur

El año pasado, la dirección de un nuevo film me puso en contacto con la vida de los tiburones. Era un cuento de Italo Calvino con un asunto curioso: la historia de una imposible amistad entre un pescador y el feroz habitante del mar. Había sólo un camino para no estropear el encanto de la historia: realizarlo todo de verdad, aun las secuencias más increíbles, como la de un niño que hace sacar un pájaro de un tiburón o de un joven que hace la corte a su novia con la complicidad de un escualo-tigre.

Para obtenerlo había un lugar único en el mundo: los atolones de las Tuamotu, en el Pacífico sur, donde había visto durante las últimas tomas de «El último paraíso» a los niños jugar con escualos mayores que ellos. Eran tiburones «noipiri», nombre que en polinésico significa «ojos cerrados» y designa a tiburones noctámbulos, habituados a moverse durante la noche y por esto inofensivos a la luz del sol. Durante el día permanecen inmó-

UN MUNDO EXTRAÑO LLENO DE MARAVILLAS Y PELIGROS



Un pescador y un niño miran con curiosidad y miedo, el cuerpo del gran «tigre» vencido. El tiburón es muerto mediante el anzuelo de acero del jefe de la barca, que ha penetrado en las branquias y lo ha desangrado lentamente.

viles en la oscuridad de profundas cavernas submarinas. Allí los chiquillos los encuentran y cogiéndolos por la cola los llevan a la superficie sabiendo bien que a la luz los escualos quedan inermes y pierden agresividad. Y ellos se aprovechan para montarlos como caballos.

También tuvimos como actor un simpático «ojos cerrados», junto a Tikó, el pequeño protagonista del film. Con él, prodigiosamente, pudimos rodar bajo el agua la historia imaginada por Calvino. Descubrimos que era posible llevarlo con nosotros a las zonas de la laguna donde eran más bellos los fondos; lo colocamos en la barca, lo cubrimos con sacos mojados y durante el transporte le echábamos encima cubos de agua. Vigilando su salud había un viejo pescador de perlas, Punuá, un hombre de las islas, que había vivido siempre en el mar. Punuá lo sabía todo sobre la vida polinésica: con su ayuda logramos rodar toda clase de paisajes, de indígenas, de caza y de pesca.

"los tigres son mis antepasados"

Escribiendo con Calvino el guión de la película, quería que se reflejase la imagen de los míticos mares del sur, en una narración que comprendiera el curso de muchos años. Pensamos narrar la vida de Tikó y su amistad con Manidu, el tiburón, desde la infancia a la madurez. Esto creaba una dificultad: si Tikó crecía, debía crecer también el escualo. A un Tikó adulto debería acompañar un tiburón enorme. Desgraciadamente para nosotros no existen «nolpiri» grandes. Por esto, para la segunda parte del film tuvimos que filmar escualos-tigre, peligrosos y difíciles de encontrar.

Punuá nos prometió traerlo si consentíamos en descender, con las jaulas de acero traídas de Italia. «Los tigres son mis antepasados —dijo riendo—, y sé cómo llamarlos».

La operación fue de una seriedad que asombraba. El viejo pescador llamó a una serie de hermanos y nietos, tan entendidos como él. Estudiaron las corrientes y esperaron a la luna llena. Punuá dijo: «vendrá mañana a las nueve de la mañana». Ráenos Incredulos. El día siguiente, desde las tres, los hombres de Punuá estuvieron pescando centenares de peces de todos los tamaños. Los cortaban en trozos y los echaban al agua. A las nueve y media, puntual, con la corriente, vino un maravilloso escualo-tigre de por lo menos cinco metros. Había entrado en la laguna atraído por los cebos y pudimos filmarlo a placer. Un viejo pescador, Aperá, logró capturarlo y lo encerró en un recinto de coral, a nuestra merced.

La casualidad nos ayudó también a lograr una escena imprevista. En Manihi, en un fabuloso escenario de coral de fuego, se debía rodar una inmersión de Tikó con su prometida. El cuento preveía que este amor suscitaba los celos del escualo; para conseguir esta situación debíamos filmar unos planos que presentasen a Tikó, la muchacha y el escualo juntos. Pero si quizá era posible, gracias a Punuá, hacer venir a la laguna un escualo, ¿cómo pensar en que los dos protagonistas se sumergieran junto a la bestia? Imposible. Todo proyecto en este sentido había sido descartado a priori, cuando un día, mientras rodábamos en la barrera de corales de Manihi, sucedió lo imprevisto. Tikó y la muchacha nadaban bajo el agua ante la máquina tomavistas, cuando a pocos metros de ellos apareció un tigre. En estos casos el pánico y el miedo pueden desencadenar la ferocidad de la bestia. Pero afortunadamente, los dos actores llevaban gafas de inmersión, del tipo usado por los pescadores de perlas, que permiten ver sólo en un campo restringido. Ellos no se dieron cuenta de que un tiburón se les acercaba y continuaron nadando tranquilamente. El escualo después de un movimiento indeciso, se dirigió hacia el fondo, y desapareció. Habíamos seguido la escena durante veinte segundos, con el corazón en la garganta. Pero entonces estallamos de alegría.

Cuando salimos del agua y hablamos con Tikó y la muchacha, ocultamos la emoción. Si ellos hubieran sabido que un monstruo les había amenazado mientras representaban, no habríamos conseguido convencerles nunca de que volviesen al agua para seguir con las tomas. Por la tarde Punuá me llamó fuera de la cabaña. Me dijo que no había tenido el menor miedo cuando el tiburón se había acercado a los nadadores. «La noche pasada soñé con mi escualo protector. He visto bien que sonreía», me dijo al oído. «Si mi tiburón sonríe quiere decir que todo va bien».

FIN